



Izquierda Unida, ¿residuo de una utopía, o venganza de la Historia?

EL espectacular ascenso de Izquierda Unida es uno de los fenómenos de mayor envergadura política registrados en España durante los últimos tiempos. El 20 por 100 de los electores se manifiestan actualmente dispuestos a votar esta opción, cuando hace cuatro años solamente merecía el voto del 9 por 100. Su secretario general, **Julio Anguita**, es más valorado que ningún otro dirigente. La mayoría de los españoles cree que, en el marasmo de la corrupción, sólo Izquierda Unida tiene las manos limpias. Cuando el retroceso de los partidos comunistas es general en toda Europa, llama poderosamente la atención el ascenso en España de una formación que es heredera del viejo Partido Comunista de España. Este singular fenómeno suscita necesariamente algunas reflexiones,

tanto para explicar su origen como para prever sus consecuencias.

«Por méritos propios y deméritos ajenos»

IU ha llegado a donde está por una serie de aciertos innegables: ha mantenido un discurso coherente con su tradición revolucionaria de izquierdas; no se ha extraviado en discusiones que obligaran a sus adeptos a elegir entre marxismo o no marxismo; ha gobernado con eficacia en los ayuntamientos donde obtuvo mayoría; no se ha pringado en los generalizados tráficos de influencias; ha incorporado dirigentes de gran categoría, como son, además de Anguita, **Romero, López Garrido, Cristina Almeida o Pablo Castellanos**; ha modernizado su propuesta política con elementos tan decisivos como el «federalismo solidario» o la «economía medioambiental»; ha resuelto con el mínimo desgaste las luchas internas entre ortodoxos y renovadores y ha exigido que, para entrar en coalición con otros partidos, sea imprescindible que éstos aceptaran parte de su programa («¡Programa! ¡Programa!», repite hasta la saciedad Julio Anguita).

Pero el ascenso de IU no puede explicarse sólo por su acertada estrategia ni por la buena imagen de sus dirigentes. Sin el desencanto socialista, hubiera estado condenada a ser una fuerza testimonial. A ello parecía abocada cuando el pragmatismo del momento definía al PSOE como la **casa común de la izquierda** y provocó un cambio de carné de ilustres comunistas como Solé Tura, Palacín, Enrique Curiel. Pero, primero el giro liberal del PSOE y después los múltiples episodios de corrupción que afectaron al partido fundado por Pablo Iglesias, han provocado la desafección masiva de no pocos electores socialistas, que han emigrado al hogar de sus preferencias, que no es otro que IU.

Previsible evolución

IU no se conforma con su actual posición de tercera fuerza política del país. Sus dirigentes no

*se recatan en afirmar que aspiran al **sorpasso**, es decir a sobrepasar al PSOE y erigirse en el primer partido de la izquierda. Todas las circunstancias están a su favor, aunque es difícil que, dada la enorme distancia a que se encuentra del Socialismo, consiga por ahora rebasarlo y, de no conseguirlo ahora, será muy difícil que lo consiga en el futuro porque, probablemente, nunca se volverán a dar circunstancias tan favorables como las actuales.*

Lo que indudablemente sí sucederá en las próximas elecciones es la quiebra del bipartidismo imperfecto en que nos encontramos. Las últimas encuestas —y todavía no había estallado el último escándalo del GAL— situaban a IU a tan sólo cinco puntos del PSOE, que sólo mantenía un 24 por 100 de la intención de voto. Indudablemente en el futuro habrá que hablar de tripartidismo y no de bipartidismo, lo que, por otra parte, se ajusta mejor al verdadero estado de opinión del país. Tampoco puede destacarse el «sorpasso», ya que la erosión del PSOE continúa y la resistencia de sus emigrados a votar por la derecha es clara.

Significado del voto a IU

HASTA ahora IU era beneficiaria del voto de algunos disconformes de izquierda que querían limitar la omnipresencia del PSOE en ese segmento de opinión, una especie de castigo al socialismo o de freno a su presunta derechización. Pero esos votantes estaban en todo caso seguros de que no peligraba la mayoría socialista y de que, si el PSOE no la conseguía, el papel de IU sería el de coaligarse con él para impedir el gobierno de la derecha, tal como había sucedido en la Comunidad de Madrid. En las actuales circunstancias, votar a IU tiene otro significado. Su coalición postelectoral con el PSOE es incierta. Ya se ha visto en Andalucía, donde Chaves no ha conseguido ver aprobados los presupuestos e incluso se habla de una estrategia de tenaza IU/PP para desalojar al PSOE del gobierno de Sevilla. En el ámbito del gobierno central, la coalición estaría erizada de dificultades aún mayores, dada la irreconciliable

incompatibilidad política y personal entre González y Anguita.

Tanto si IU sobrepasa al PSOE como si se aproxima sustancialmente a él, se plantean a los electores nuevas cuestiones: votar a IU ha dejado de ser un ejercicio testimonial o corrector; empieza a tener sentido directo, compromiso con una forma concreta de gestionar la economía y la sociedad, un contrato «do ut des», en el que ya no cabe dar sin aceptar el recibir.

Al plantearse así la cuestión, y para que los electores tengamos todos los elementos de juicio, el análisis debe desbordar el ámbito español y confrontar el programa de IU con el contexto internacional en que nos movemos. Desde esta perspectiva, hay que decir sin eufemismos que el actual programa de IU no es aplicable en el actual contexto europeo y mundial. La desalineación de la defensa europea, la mayor intervención del Estado en la economía, el retorno a la inflexibilización del mercado de trabajo, el intervencionismo directo en la limitación de beneficios de las empresas y la preeminencia de los impuestos directos sobre los indirectos son medidas que no caben en el modelo en que vivimos ni pueden adoptarse sin romper los compromisos internacionales adquiridos por España en la Unión Europea y en el GATT.

Como residuo de una utopía, IU sigue siendo una opción ética plausible e incluso deseable para permanente aldabonazo en el totalitarismo liberal en que estamos instalados. Como opción práctica de gobierno, más bien parece una venganza de la historia que, sin posibilidad práctica de sustituirlo, amenaza con destruir al partido que durante mucho tiempo intentó fagocitarla.